tra Madre vióse en esta ocasión apuradísima de recursos como nunca. Aparte de la necesidad de las monjas, que era preciso remediar, había de buscar dineros para que Julián de Ávila y Antonio Gaitán volviesen á sus hogares, y no encontraba quien se los prestara. «Nadie pudiera juzgar, dice con sentido acento la atribulada Madre, que en una ciudad tan caudalosa como Sevilla, y de gente tan rica, había de haber menos aparejo de fundar, que en todas las partes que había estado: húbole tan menos, que pensé algunas veces no nos estaba bien tener monasterio en aquel lugar. No sé si la misma clima de la tierra, que he oído siempre decir los demonios tienen más mano allí para tentar, que se la debe dar Dios, y en esto me apretaron á mí, que nunca me ví más pusilánime y cobarde en mi vida, que allí me hallé: y cierto á mí mesma no me conocía. Bien que la confianza que suelo tener en nuestro Señor, no se me quitaba; mas el natural estaba tan diferente del que yo suelo tener, después que ando en estas cosas, que entendía apartaba en parte el Señor su mano; para que él se quedase en su sér, y viese yo que, si había tenido ánimo, no era mío» (1).

Pasábanlo muy mal las pobres carmelitas, y movido sin duda por Dios, llegóse un día á visitarlas el Arzobispo D. Cristóbal. Hablóle la Madre con tal libertad, persuasión y eficacia, que cautivado de su virtud, no solo vino en que se fundase el monasterio sin renta, sino que les proveyó de trigo y dineros, y mostróles desde entonces mucha gracia. También comenzó á hacerles limosna Doña Leonor de Valera; pero quien más las socorrió, dándoles lo necesario para la iglesia y despensa, fué el P. Pantoja, Prior de las Cuevas, cuyo nombre, para encomendarle á Dios, quisiera la agradecida Fundadora conservaran sus hijas eternamente en la memoria.

(1) Fund. c. XXV.

Favorecidas del Arzobispo y de otras personas, esperaba la Santa Madre que no faltarían vocaciones para monjas, pero las que más empeño habían tenido con el P. Gracián á fin de que se fundara allí convento, entibiáronse en sus deseos, y ahora que se les ofrecía ocasión, no querían entrar. Solo una doncella tomó luego el hábito, cuya vocación, por tener algo de extraordinaria, no dejaremos de referir. Llamábase Beatriz, y desde la edad de siete años vivía en casa de una tía que la estimaba como á hija propia. Envidiosas tres mujeres del amor que mostraba á dicha Beatriz, maquinaron perderla. Presentáronse á la incauta tía, y le aseguraron cómo aquella su querida sobrina tenía comprado solimán con el pérfido fin de envenenarla. Dióles crédito la buena señora, y despidió en hora mala á tan infame muchacha, enviándola á casa de sus padres, que indignados de tan inícuo proceder, castigáronla sin compasión, queriéndola obligar á que confesara el crímen que no había cometido. Quiso el Señor salir por la inocencia calumniada, y permitió que dos de aquellas mujeres fueran acometidas de cierta enfermedad que parecía rabia. Reconocieron en esto el justo castigo de Dios, y arrepentidas de su maldad, se desdijeron y devolvieron la fama á Beatriz por medio de su tía. Más adelante, leyendo dicha joven la vida de Santa Ana, enfervorizóse de tal manera, que hizo voto de castidad, y de ser monja carmelita. Los padres quisieran á todo trance verla casada, y para conseguirlo hicieron con ella mil judiadas. Cuando aun no había memoria de Carmelitas de la Reforma, estando acompañada de sus padres y de otros dos vecinos, vieron entrar en la pieza un religioso anciano y descalzo, vestido de sayal, con rostro fresco y venerable, y con las

barbas largas y blancas que semejaban finísimos hilos de plata. El misterioso religioso, poniéndose del lado de la piadosa doncella, santiguóla diciendo: *Beatriz, Dios te haga fuerte;* y desapareció, si que se tuviera de él más noticia. Al cabo de catorce años, un día que Beatriz estaba oyendo misa, vió salir á predicar á un fraile descalzo, vestido como el anciano de las misteriosas palabras. Era el P. Gracián que se hallaba entonces en Sevilla con grandes deseos de que allí se fundase casa de religiosas. Procuró Beatriz, confesarse con él, manifestándole el voto que tenía hecho, y las demás circunstancias de su vida. El discreto carmelita la consoló con la esperanza de que pronto llegaría á poner por obra lo que tanto deseaba. Así fué que yendo la Santa á dicha ciudad, á instancias del P. Visitador dióse el hábito á Beatriz. Los padres de la joven, conociendo ser aquella la voluntad de Dios, comenzaron á favorecer con limosnas la nueva fundación.

Los meses iban pasando, y todavía las sufridas carmelitas se estaban en aquella primera casa alquilada. Deseaba mucho la Santa Madre dejarlas en casa propia antes que se viese precisada á separarse de ellas, y pedíaselo muy de veras á nuestro Señor, poniendo por medianeros á la Virgen Santísima y á S. José. Estando un día importunando á su Majestad para que diese casa á las que eran sus esposas, y tanto se esmeraban en servirle, sintió que le decía: *Ya os he oido dejadme á mí.* En este tiempo acertó á venir de América D. Lorenzo de Cepada, que había más de treinta y cuatro años se encontraba fuera de España; y como viese á la Santa hermana en gran aprieto, ofrecióse generoso á ayudar en lo que pudiese á la adquisición de la casa. Diórense los pasos, y ya casi se tenía acabada la compra de una que les hubiera estado muy mal, cuando el dueño puso algunos inconvenientes al hacer

las escrituras, y dejóse el concierto. Poco tiempo después ofrecióseles otra de tan buenas condiciones, que habiéndola visto D. Lorenzo, quedó determinado á comprarla. Hallábase situada cerca del convento de los frailes Franciscos, en los cuales encontraron las Carmelitas alguna resistencia, y estuvieron más de un mes con la pena de no poderse pasar á ella, y en gran peligro de perder los seis mil ducados que costara. Al fin una noche con miedo y sobresalto de encontrar á cada paso algún franciscano que les requiriera, trasladáronse á la nueva casa cuatro religiosas, y tomada la posesión á otro día, quedaron sin temor. «¡Oh Jesús, exclama la Santa, qué de ellos he pasado al tomar de las posesiones! Considero yo, si yendo á no hacer mal, sino en servicio de Dios se siente tanto miedo, ¿qué será de las personas que le van á hacer contra Dios, y contra el prójimo?»

Habíase cometido cierto yerro al hacer las escrituras, y como D. Lorenzo era fiador en la compra, hubo de huir y acogerse á sagrado, porque le querían prender; y así lo hicieran si no presentara bastante hacienda de fianza. «Y fué gran ventura, escribe la Santa, no le llevar á la cárcel, que es aquí como un infierno, y todo sin ninguna justicia, que nos piden lo que no debemos, y á él por fiador.»

Ya que D. Lorenzo vióse libre de este trabajo, tomó á su cargo el arreglo de la casa y sustento de las monjas, en lo que le dejaremos santamente ocupado, mientras pasamos á referir cómo se acabó de fundar el monasterio de Caravaca.

Queda dicho cómo la Santa, concluida la fundación de Veas, pensaba en llevar adelante la de Caravaca, pero que no viniendo la licencia cual convenía, hubo de suspender el viaje hasta de nuevo negociarla. Concedióla el Rey, según se deseaba, pero las contradiccio-

nes en que andaba envuelta la Reforma, y el haber de acomodar en casa propia á sus hijas de Sevilla, absorbían la atención de la celosa Madre, y por más que había lástima á las de Caravaca, que no cesaban de importunarla, no lo podía remediar. Entrado ya el invierno, parecióle muy duro el hacer venir de tan lejos á Julián de Ávila y á Antonio Gaitán, á quienes con mucha gracia llamaba los fundadores. Como por otra parte no conviniese el perder de vista la casa de Sevilla, acordó el P. Gracián fuesen allá dos PP. Carmelitas con las monjas que para fundar en dicho lugar aguardaban en el monasterio de Malagón. Llegados á Caravaca á últimos de Diciembre, fueron recibidos con gran contento del pueblo, y en especial de las que había tanto tiempo esperaban el momento deseado. Púsose el Santísimo Sacramento el día primero del 1576.

Tomaron luego el hábito las dos que habían perseverado, porque cansada la otra de tanto encerramiento, ó temiendo también la estrechura y penitencia, faltóle á lo mejor ánimo para continuar, y dejando á las compañeras, volvióse al mundo con una hermana suya. Lastimada la Santa Madre de la desventura de esta pobre doncella, no pudo menos de exclamar: «Mirá, mis hijas, los juicios de Dios, y la obligación que tenemos de servirle las que nos ha dejado perseverar hasta hacer profesión, y quedar para siempre en la casa de Dios, y por hijas de la Virgen» (1).

¡Oh de cuán diferente manera ven las cosas los que viven encenagados en el lodo de la tierra! Parece tienen por género de desgracia el que algún jóven ó doncella, renunciando en la flor de su edad á los placeres y atractivos mundanales, quiera sepultarse para siempre

(1) Fund. c. XXVII.

en el retiro del claustro. Mas, andan muy engañados los que tal piensan, porque, aunque la vida del religioso, es vida de privaciones y sacrificios, no trocará por nada del mundo la paz y contento que en su alma experimenta. Y cuanto es más excelente el espíritu que la materia, así llevan ventaja los deleites espirituales á los toscos y groseros de la tierra. Con razón pues, encargaba la Santa á sus hijas, diesen gracias á Dios por el inestimable beneficio de la vocación religiosa.

Materia abundante donde ejercitar la paciencia ofrecíase en este tiempo á la invicta Reformadora del Carmelo. Unos siete meses después de fundado el monasterio de Sevilla, acertó á entrar de novicia cierta joven de tan santas costumbres, á juicio de algunas personas que solo la conocían por el exterior, que con mucha gracia solía decirles nuestra Madre, no quedaban con honra, si no hacía milagros la dicha novicia. Entendía ésta la virtud á su modo, y queríala practicar según su capricho; pero como esto no podía ser, comenzó á disgustarse de la vida religiosa con tan terrible melancolía, que la hubieron de echar. Púsola el demonio en la cabeza que las Carmelitas hacían cosas que estaba obligada á denunciar á la Inquisición. El caso es que siguiendo el parecer de un clérigo poco avisado, á quien hacía participante de sus marañas, presentóse al Santo Oficio, y las acusó de que se confesaban unas con otras, y atadas de piés y manos azotaban á las monjas, con otras ridiculeces é invenciones diabólicas. Á tal extremo llegaron las cosas, que fueron ministros de la Inquisición al convento á fin de averiguar lo que había de verdad en lo que se decía, con ánimo de sacar de allí á las monjas si fuere menester. Quiso Dios que, hechas las convenientes informaciones, se averiguase ser falso cuanto de malo se les atribuía, y quedaron con mucho crédito en la ciudad. En medio de

tanta amargura no dejaba el Señor de endulzar con algún consuelo las aflicciones de su Sierva; y no fué pequeño el que recibió el día en que se puso en la casa nueva el Santísimo Sacramento. Dispuesta ya en forma de monasterio, gracias al celo de D. Lorenzo, que en todo el tiempo no se había apartado de las obras, quisiera nuestra Madre hacer la fiesta sin ruido ni aparato exterior, por no dar pesadumbre á los PP. Franciscos. ¡Á tal llegaban los generosos y delicados sentimientos de la Santa! No fueron de este parecer Garci-Álvarez y el Prior de las Cuevas, los cuales á fin de que los sevillanos tuviesen noticia del convento que se acababa de fundar medio á escondidas, juzgaron debiera verificarse la instalación lo más público y solemne posible. Acudieron con este intento al Arzobispo, quien, opinando como ellos, dispuso se aderezasen las calles de la ciudad como en día de gran fiesta, y se llevase en procesión al monasterio el Santísimo Sacramento con acompañamiento del clero y cofradías. Así se hizo tomándole de una parroquia, y poniéndole el Excmo. D. Cristóbal en medio de alegres músicas y repetidas salvas de cañón. Cuenta la Crónica que al entrar la Santa en el convento, hincada de rodillas, pidió la bendición al Arzobispo, el cual á su vez hizo lo mismo, quedando aquella confundida delante de la gente, que tal acto de humildad y devoción presenciaba.

Prolongóse la fiesta hasta el anochecer, y aconteció una cosa digna de notarse. Después de mucho estruendo de cañón y cohetes, y cuando la gente iba ya de retirada, dió á uno la gana de hacer otro disparo. Dispuesta al efecto la pólvora, inflamóse en manos de quien la tenía, y fué gran maravilla no quedar abrasado. Subió de punto el asombro al observar que los tafetanes colocados en los arcos del claustro, nada habían padecido con el fogonazo, mientras que la parte de pared por

ellos cubierta, veíase ennegrecida por el humo de la pólvora. Las monjas alabaron al Señor *por no tener que pagar otros tafetanes.*

Cuán grande fuese el contento que en esta ocasión experimentó la Santa, dalo bien á entender con las siguientes palabras: «Veis aquí, hijas, las pobres Descalzas honradas de todos, que no parecía aquel tiempo antes que había de haber agua para ellas, aunque hay harto en aquel río. Bien podéis considerar, hijas mías, el consuelo que teníamos aquel día. De mí os sé decir que fué muy grande: en especial me le dió ver que dejaba á las hermanas en casa tan buena y en buen puesto, y conocido el monasterio..... Y sobre todo me dió alegría haber gozado de los trabajos. Y cuando había de tener algún descanso, me iba, porque esta fiesta fué el domingo antes de pascua del Espíritu Santo año de 1576; y luego el lunes siguiente me partí yo, porque la calor entraba grande, y por si pudiese ser no caminar la pascua, y tenerla en Malagón; que bien quisiera detenerme algún día, y por esto me había dado prisa. No fué el Señor servido que ni siquiera oyese un día misa en la iglesia» (1).

Partió pues, en 6 de Junio, acompañada del Padre Gregorio Nacianceno, Alfonso Ruiz y su hermano Lorenzo con una hija de ocho años de edad que había traido de América. Sin consideración á las circunstancias y personas que la acompañaban, bastó esto para que malas lenguas publicaran que gustaba llevar en los caminos galanes y damas, y que atendía con exceso á su regalo, mientras por otra parte ostentaba mortificación y penitencia. El 11 del mismo mes llegó á Malagón, de donde escribió al P. Gracián, y entre otras cosas que le dice, hace gracia el lance que cuenta ha-

(1) Fund. c. XXVI.

berle sucedido en el viaje. «¡Oh mi padre, escribe, qué desastre me acaeció! que estando en una parva (que no pensamos teníamos poco) cabe una venta que no se podía estar en ella, éntraseme una gran salamanquesa ú lagartija entre la túnica y la carne en el brazo, aunque presto la asió mi hermano y la arrojó, y dió con ella á Antonio Ruiz en la boca» (1).

Pasados algunos días fuése á Toledo, por haberlo ordenado así el P. Gracián, nombrado á la sazón Vicario Apostólico de los Carmelitas, según después se dirá. Dejemos aquí por ahora á nuestra Madre entenderse con Doña Luisa de la Cerda, con el fin de procurar casa para sus monjas de Malagón, sirviendo al mismo tiempo de atalaya desde el retiro de la celda para observar el giro próspero ó adverso que tomaban los negocios de su amada Descalcez, orando sin cesar por la vida de la misma, y atendiendo con su prudencia y consejo á donde la necesidad pedía. Mientras tanto veremos de buscar el origen y causa de las contradicciones y trabajos que desde el 1575 al 79 experimentó la Reforma del Carmelo, de los cuales la mejor parte alcanzaron á nuestra Santa Fundadora.

(1) Car. LXXIV.

CAPÍTULO XVI.

Orígen de las desavenencias que mediaron entre Calzados y Descalzos.—Pasa el P. Gracián de Castilla á Andalucía, y es nombrado Visitador Apostólico.—Carta del Padre Vargas al Rey en favor de los Reformados.—Carta de nuestra Madre al Rmo. Rubeo.—Otra de la misma á Felipe II.—Capítulo General de Placencia.—Comisiona el Nuncio al P. Gracián para la visita de Calzados y Descalzos.—Aflicción de la Santa por los disturbios que ocasiona la visita del convento de Sevilla.—Viene de Italia el P. Fr. Jerónimo Tostado.—Contradicciones que para la Reforma prevée la celosa Fundadora.

A fin de no interrumpir la historia de las fundaciones, nada hemos dicho de las trascendentales y ruidosas cuestiones que mediaron entre Calzados y Descalzos, y que mortificaron no poco á la inocente Madre, alma y vida de la Reforma Carmelitana, así en sus principios como en su desarrollo.

Recordará el lector como estando la Santa en San